

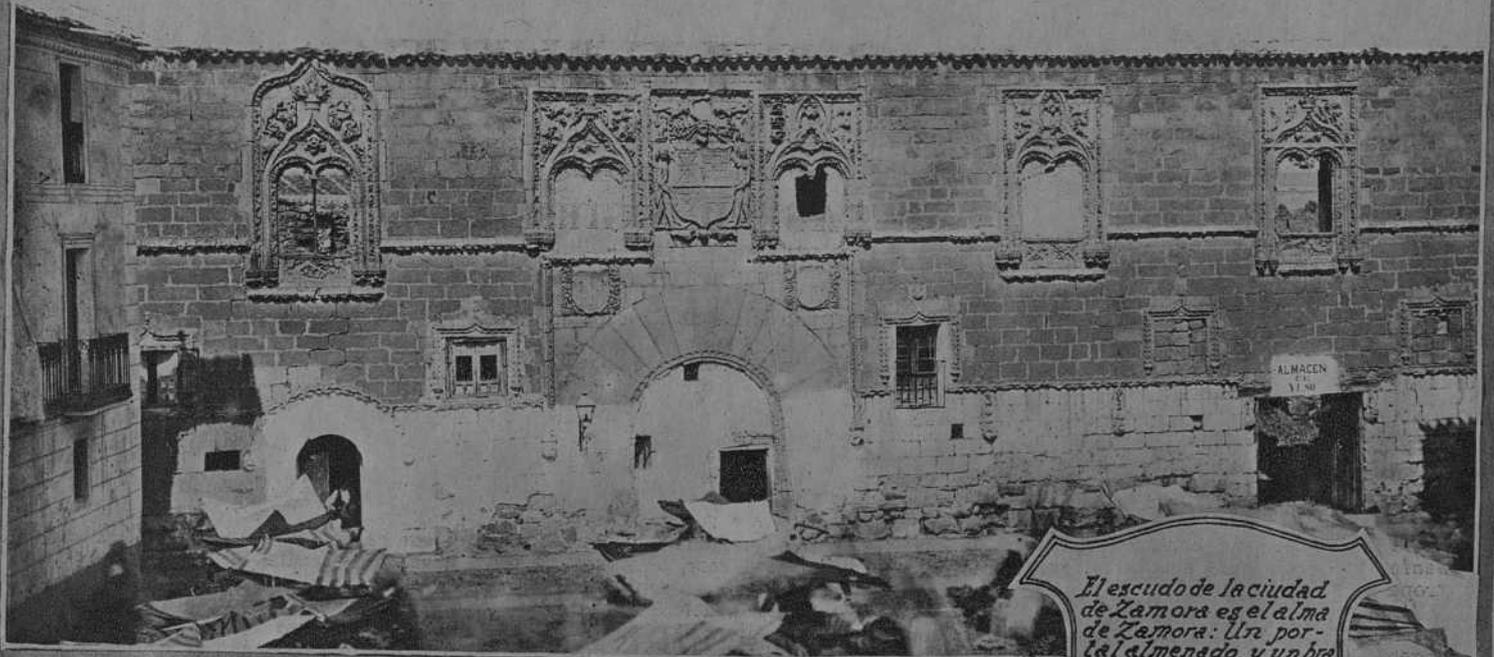


*Los cuadros de  
nuestros museos*  
"La salida del Liceo" cuadro  
de Roman Ribera, en el Museo  
de Barcelona

(Fot. Arxiu Ane)

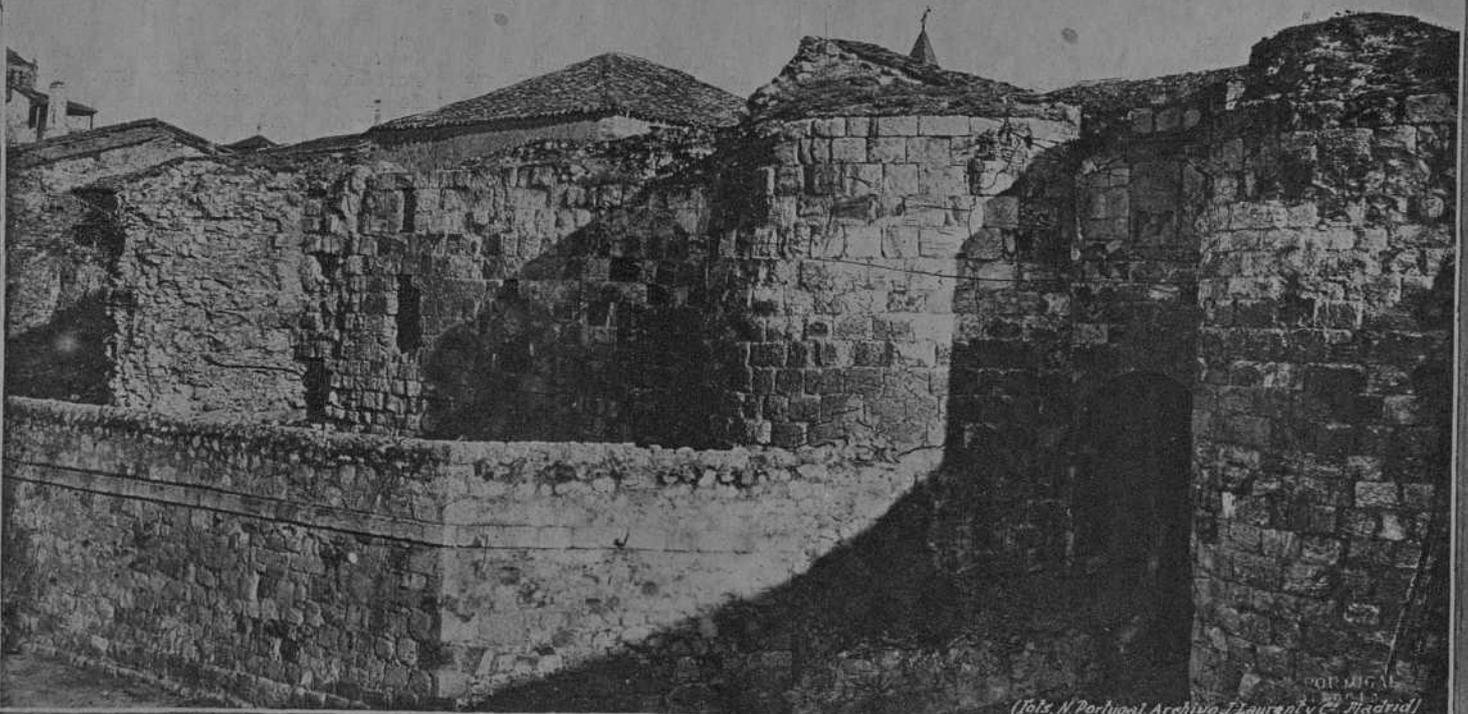
# Zamora, tierra de romancero.

La casa de los Monos



El escudo de la ciudad de Zamora es el alma de Zamora: Un brazo con armadura sostiene un pendón. Cien romances que todos sabemos, llevan el nombre de Zamora, y, en los más sonados, aparece aquel mal paso de Bellido Doña Urraca, reina fuerte

Murallas y portillo, con la casa de Doña Urraca



(Foto. N. Portugal, Archivo Laurenty y C. Madrid)



*La  
Cataluña  
Romántica  
Castillo de  
Castellón*

- I.- Fachada principal*
- II.- Aspecto parcial del patio*
- III.- Vista general del castillo*
- IV.- La escalera y la cisterna*
- V.- Cristo que se venera en la iglesia.*

*(Foto Francesi)*

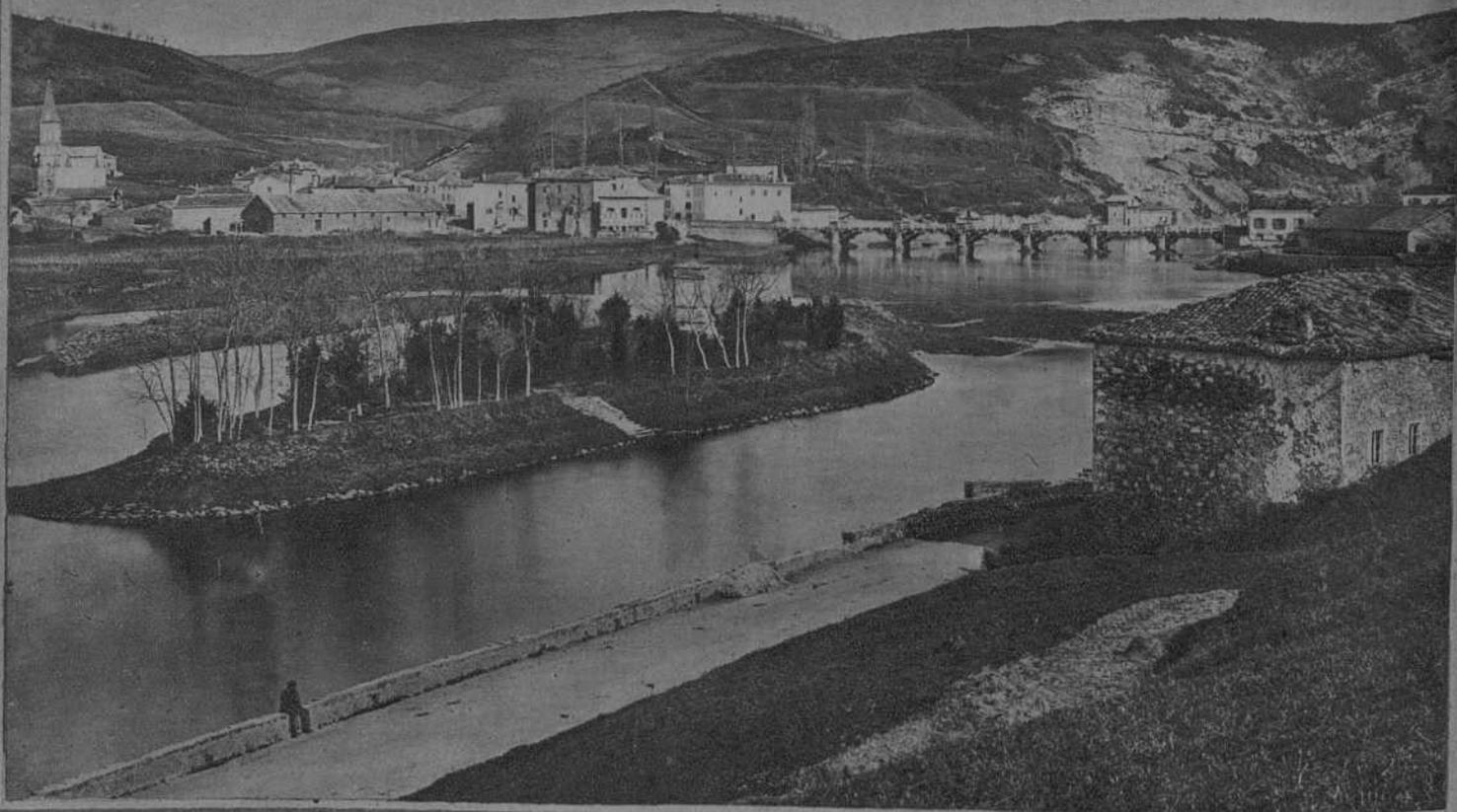
# El Norte histórico y pintoresco

Con el verano, retorna el prestigio de los  
pueblos norteños, llenos de historia, a  
los que, la gente del Centro de España,  
va en busca de fresco y de leyendas  
caballerescas



Tuñerrija. Vista desde  
Hendaya.

La Isla de los Paises, donde fue  
firmado el Tratado de los Pirineos.



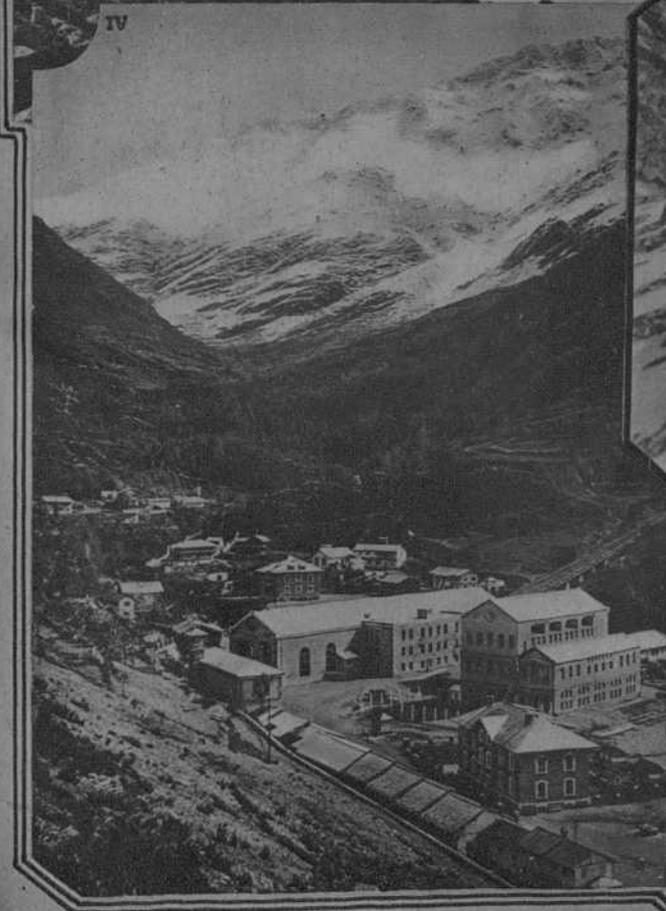
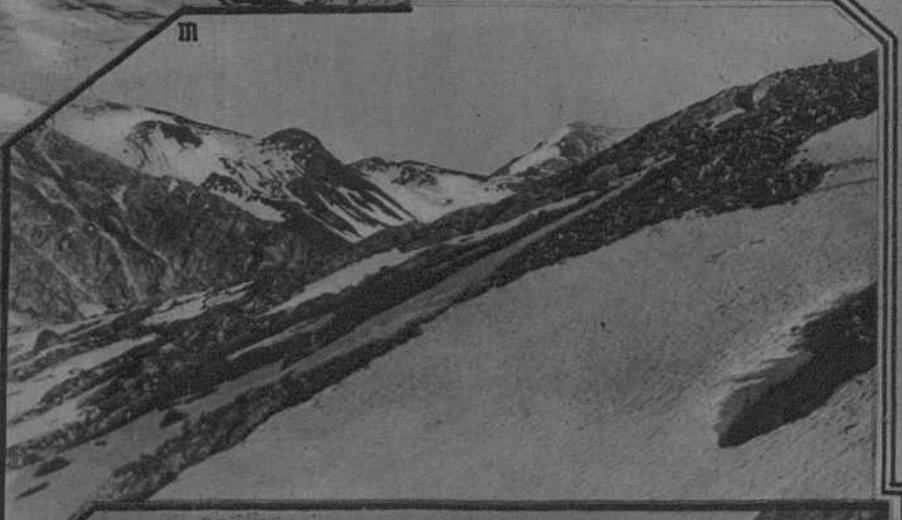
1755. N. Portugal. Archivo J. Lauret y C. Madrid.

*Los lagos  
de Capdella  
La comarca más  
fria de Cataluña*

*En los boletines meteorológicos aparece siempre El Estangeto - uno de los lagos de Capdella - con la temperatura mínima en los días cániculares con la máxima en los invernales. Allí, en la alta montaña de Llerida, aparecen Capdella, sus crestas y sus lagos, como una región Escandinava.*



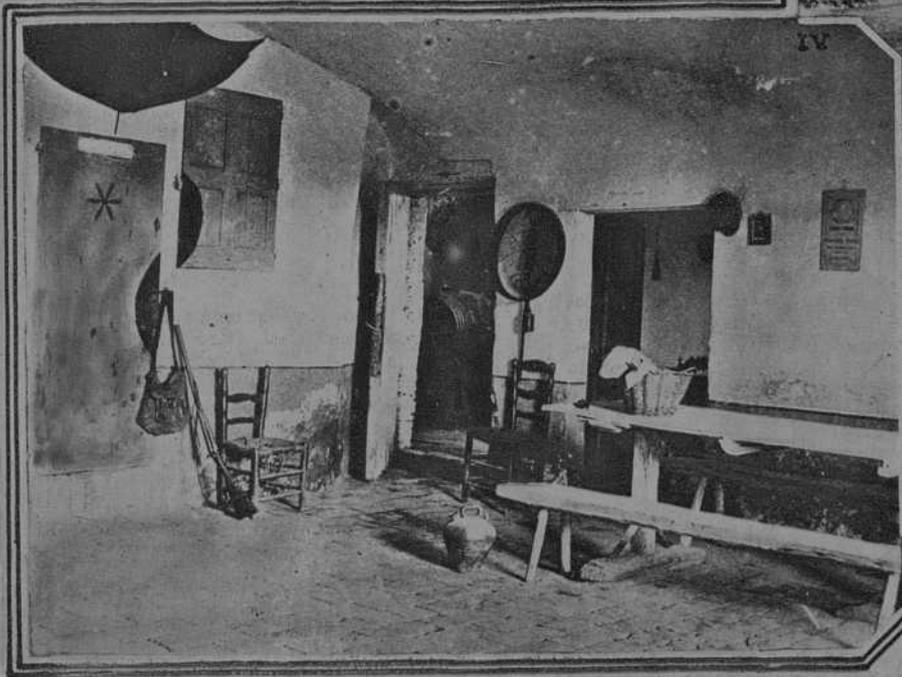
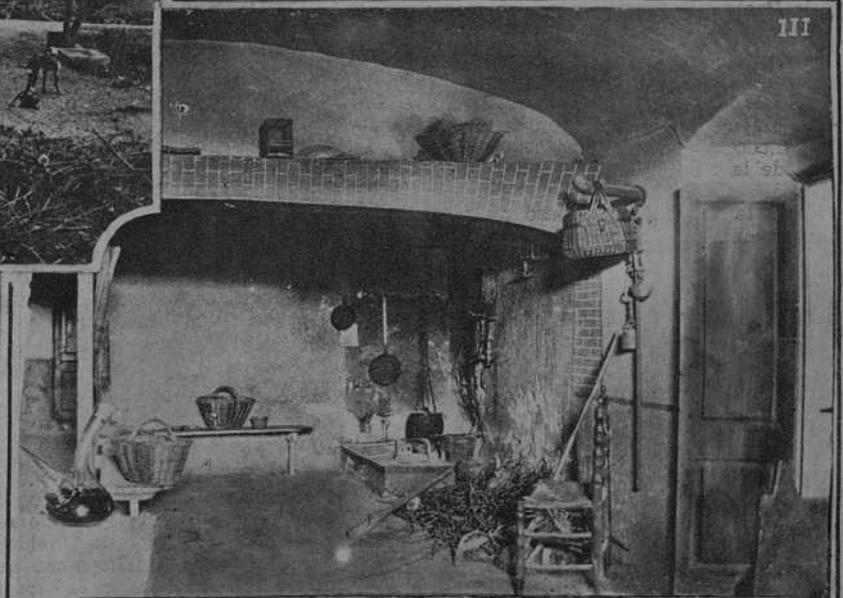
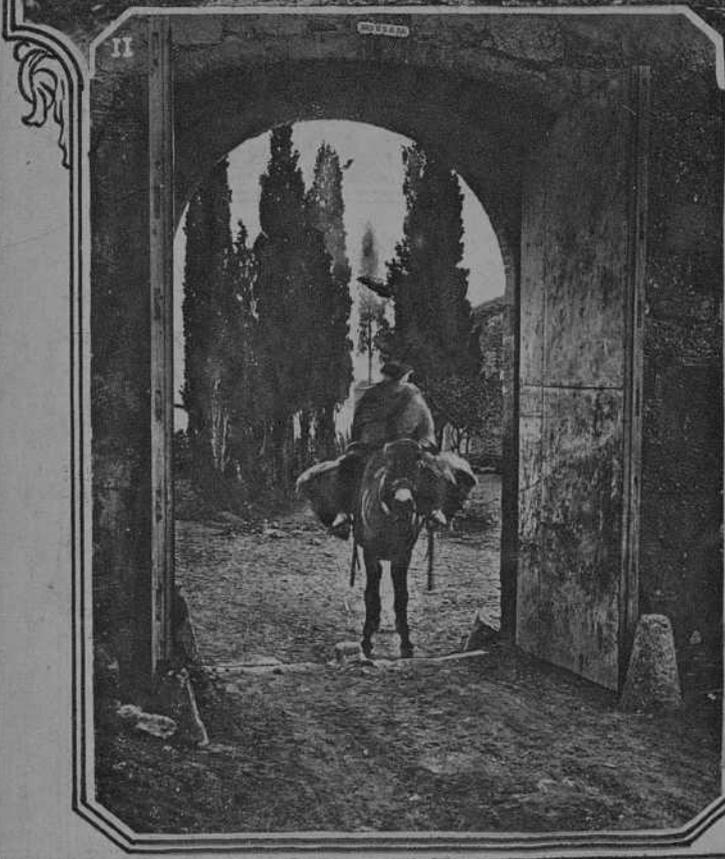
*I.- El lago Estangeto.  
II.- El lago Tort, a una altura de 2300 metros, durante el deshielo.  
III.- Una cima del valle de Capdella, a 2400 metros, y en agosto  
IV.- El valle de Capdella. Una nevada en 28 de Mayo de 1933  
V.- Otro detalle del lago Tort.*





# La Masia Catalana

- I.- La Masia
- II.- El retorno a la Masia
- III.- El hogar
- IV.- El comedor
- V.- "L'avi"



*Cafés de por esos mundos*

*Llegado el verano, el café se convierte en recreo, reposo y sedante del hombre acosado por el sol. Esto en todas las tierras. Pero los cafés de boulevard, de rambla, de "carrera" de "park" son excesivamente conocidos. He aquí los otros cafés, lejanos y singulares.*



I.- Labradores rumanos en un café de Bukarest. (Rumania)  
 II.- Café en Cetina, capital de Montenegro.  
 III.- Café turco en Jerusalén.  
 IV.- Café en Funchal (Islas de Madera)



Fotos. Vidal



*Dos españoles, desde el perfil del metro manejan sus Kodaks, indiferentes a todo.*



*Los sudamericanos*



*Cuatro alemanes en el bulvar.*



*Los checo-eslovacos*



*El kiosco bello, donde japoneses, ingleses, españoles, rumanos o griegos hallan los periódicos de la Tierra.*

# Paris-Babel

*La baja del franco empuja hacia París a todos los europeos, y a todos los americanos. París es hoy Babel, como antes, con la depreciación del marco, lo fue Berlín. :es:*



Fotos. Consorcio

# DESPUES DE LA MUERTE

NOVELA POR SANTIAGO VINARDELL

I

## La primera salida

Amanecía. Por la ventana del dormitorio de Ubaldo Rancés entraban todos los efluvios campestres. Y la salada fragancia también. Porque Ubaldo se había instalado por prescripción facultativa, en un pueblecito costero blanco y pulido como un guijarro de sus playas y perfumado por los pinares de los montes vecinos y el vaho salobre del mar.

El pobre no había tenido tiempo de recorrer el pueblo. El automóvil hubo de dejarle a la puerta de la casita modestísima—bajos y un piso—que por dos mil pesetas anuales se dignó alquilarle el propietario, que era un filántropo. Le sacaron envuelto en mantas y le acostaron en la cama de la habitación del piso que daba a la calle. El médico de la capital, un especialista de fama, había dicho: «Día y noche los balcones abiertos de par en par...» ¡Los balcones! Una ventanita y gracias. Pero a Ubaldo le satisfacía el marco. Tenía bastante. El marco de la ventana de Ubaldo—del «pobre Ubaldo» como decían todos, empezando por su mujer—encuadraba un paisaje sencillo y breve: un pedazo de cielo. En definitiva: una pantalla azul, sobre la cual la misteriosa empresa climatológica y meteorológica que todo lo mueve proyectaba una cinta cinematográfica interesantísima para un enfermo condenado a permanecer inmóvil en el lecho.

La película contaba con escasos elementos: nubes, pájaros y estrellas.

—Parece imposible—solía decir Ubaldo a la enfermera que le cuidaba—que con tan pocos personajes, resulte tan interesante.

Por cierto que cuando la enfermera repitió a la esposa del enfermo la aguda observación que éste le acababa de hacer, Genoveva—que así se llamaba la mujer de Ubaldo—hizo esta reflexión:

—Está loco el pobre. Para tener que ir a parar a un manicomio, vale más que Dios se me lo lleve de un vez.

Dejemos esos pormenores familiares. Lo importante es registrar que, al romper el alba, Ubaldo Rancés se asomó... —inol...— se encontró insólitamente asomado a la ventana. Por primera vez, pudo advertir que frente a su casa se erguían unas magníficas acacias de bola con la espesa copa tierna como cogollo de escarola y también vio que muy pegados a la ventana había los hilos conductores de la electricidad. Entonces comprendió por qué al amanecer se le ofrecía la película diaria tan bellamente musicada. El secreto consistía en que las golondrinas se apretujaban en los hilos eléctricos llegando a formar una larga ristra. Desde su geométrico mirador sencillo—una recta horizontal—saludaban el día con su incesante parloteo salpicado de chirriantes chillidos. Y desde las acacias de abajo, les contestaban en todos los tonos pardales, pinzones, jilgueros, verderones y demás armadores de bulla pajaril.

Ubaldo se asomó tanto que llegó a remontarse hasta los hilos. Y al rozar las golondrinas en ellos apostadas y ver que no se asustaban, las fue acariciando una tras otra.

—¡Que plumaje más suave!... Una, dos, tres... ¡Treinta y tres golondrinas!

—¿Entraré por la puerta? ¿Entraré por la ventana?...

Las golondrinas se habían lanzado al espacio y trazaban graciosos círculos concéntricos, alrededor del atónito Ubaldo Rancés. Este entró por la ventana.

II

## El cuerpo y el alma de Ubaldo Rancés.

Al penetrar de nuevo en su habitación, Ubaldo se vio sorprendido por la presencia de su cuerpo inerte. Le habían dejado solo. Estaba cubierto con una sábana. El alma de Ubaldo no se resignó a su destino y, creyendo que le costaría el mismo trabajo que entrar por la ventana, intentó reintegrarse a su cuerpo. Levantó el sudario.

—¿Por dónde entraré?... La boca estaba entreabierta. ¿Y si entrase por la nariz?... A ver, probemos.

No hubo manera. Al intentar filtrarse por las fosas nasales, tropezó con un moscardón que parecía acariciar el mismo propósito. Se retiró. Empezó a darse cuenta de la inutilidad del esfuerzo. Y entonces tuvo conciencia de la realidad.

—Ubaldo Rancés—se dijo a sí mismo sin inmutarse—acabas de morir. ¡A ver lo que haces!... Yo, la verdad, ignoro los caminos del viaje definitivo. Como no venga a buscarme un ángel o un demonio, me quedaré vagando por este pueblecito que todavía no conozco. Y recorreré esta casa que aún no sé cuántas ni qué clase de habitaciones tiene. Sería estúpido lanzarme al través del espacio sin conocer los caminos de la eternidad. Hay que tener prudencia.

Dicho esto, montó a horcajadas en el alfeizar de la ventana y esperó.

Silencio.

Unos zumbidos del moscardón impertinente.

En el campanario vecino empezaron a doblar las campanas. Primero tocaron a agonía. El tañido seco, agudo, acompasado, de la campana pequeña resultaba antipático. Siguieron las demás. Aquello era insoportable a fuerza de ser monótono.

—¡Yo no aguanto eso!...

Y el alma de Ubaldo, se dirigió al campanario dispuesta a interrumpir la macabra serenata del campanero. Se agarró a los badajos y consiguió inmovilizarlos.

El campanero decía:

—Habrá que arreglar esas campanas. Están llenas de moho. ¡Nada!... ¡Que no sueñan!... Por hoy no toco más. Es un caso de fuerza mayor.

Ubaldo regresó satisfecho a su cámara mortuoria.

Se encontró con dos individuos, muy campechanos, que zarandeaban su cuerpo desnudo.

Y escuchó el siguiente diálogo:

—Ese tío, estaba en los huesos.

—¡A saber quien tiene la culpa!

—La viuda es canela pura.

—¡No me digas!... Es mi tipo.

—A ver si logramos meterle los pantalones.

Ubaldo se indignó:

—¿Cómo pantalones?... ¿Es que Genoveva no os ha entregado un hábito de cartujo? ... ¡Con lo que yo se lo tenía encomendado!

Los funerarios personajes no ofan nada. Son insensibles a las voces del alma.

Lentamente echaron sobre el cadáver un negro tul tupido que tenía en los bordes un dibujo estampado en blanco. Encendieron sendos cigarrillos en la llama de un cirio y, entornando los póstigos, se largaron.

El alma de Ubaldo Rancés se encontró frente a frente y a solas con su cuerpo vestido de levita.

—¡Lo que somos Señor!... ¡Tanto orgullo como tienen algunos!... ¿Para qué?... He hecho bien en no tenerlo. Mi modestia me redima. Contemplo mi cuerpo sin avergonzarme. En cambio los que cabaron el su-

yo con todos los pecados capitales, ¿qué papel harán al encontrarse en mi caso?... Esos individuos que andan por el mundo orondos, satisfechos, estirados, enamorados de sí mismos, orgullosos de su dinero, de su figura grotesca, de su inteligencia rudimentaria y de su arrogancia de gallo, ¿en qué pensarán al contemplarse entre cuatro cirios?... No; yo no he quedado del todo mal. ¡Ah, si esa maldita Genoveva me hubiera puesto el hábito blanco de los cartujos!... ¡Mira que meterme en la levita! Yo aspiraba a ser un cadáver humilde. Tal la vida, tal la muerte.

Empezó a dar vueltas alrededor del lecho mortuorio. Se contempló detenidamente.

—¡Parezco de ceral!... ¡Qué nariz más afilada! ¿Y esa sonrisa?... ¿Y la placidez del rostro?... Se ve que la salida del alma, cuando me asomé a tocar las golondrinas, proporcionó al cuerpo una agradable sensación.

Al llegar a la cabecera de la cama se detuvo a contemplar un cromo en el cual no había reparado durante su agonía.

—¡Esa Genoveva... La grandísima sinvergüenza ha tenido la avilantez de aprovechar la hora de mi muerte para colgar aquí el cuadro que yo no quería. ¿Y qué habrá hecho del magnífico grabado que tanto odiaba?... Estará roto en mil pedazos... ¡Cómo se lo viera!...

En las constantes disputas entre marido y mujer, se renovaba muchas veces la que Ubaldo llamaba «disputa de los cuadros». El que Genoveva quería tener en sitio visible era uno de esos cromos irreverentes que el descaro de ciertos mercaderes ha conseguido imponer a la indocta turba. En pocas palabras: ese Sagrado Corazón, sonrosado, rubio, con bucles y con túnica rosa y manto azul celeste, con ribetes dorados, que vemos en tantos hogares.

Genoveva colgaba ese cuadro y, al día siguiente, Ubaldo le había sustituido con el de sus preferencias, un artístico grabado que representaba a Jesucristo en la calle de la Amargura, rodeado de miserables, ex hombres y demás piltrafas del arroyo. Era una figura morena, recia, viril. Sus seguidores alargaban hacia Jesús los brazos suplicantes. Y Jesús, desgarrándose materialmente el pecho, les ofrecía su palpitante y sazagrante corazón.

Ubaldo Rancés, recordó la eterna disputa matrimonial de los cuadros. Y exclamó:

—Esta vez Genoveva, jugó con ventaja. Y me colocó el cuadro mientras yo estaba en la agonía. ¡Tomarme el pelo a mí!... Y en este trancel.

Y, diciendo esto, empujó con toda su alma, y el cuadro se vino al suelo con grande estrépito.

La caída del cuadro produjo, por lo visto, cierta alarma entre la viuda desconcomulada y sus contertulios.

Ubaldo oyó que alguien subía precipitadamente las escaleras.

Entraron dos caballeros desconocidos. Miraron a su alrededor con ojos azorados.

—¿Qué habrá sido?

—El muerto está intacto.

Empezaron a dar vueltas por la habitación.

Ubaldo apagó uno de los cirios.

—No gaste usted bromas, ¿eh?.

—No tengo ese mal gusto. Habrá sido una corriente de aire.

—¡Ah!... ya tengo el cuerpo del delito. Vea usted ese cuadro en el suelo. Fíjese en el clavo arrancado.

—¡Eso carpinteros!

—¡Valiente susto nos han dado!

—Corramos a decirselo a Geneveva.  
—¡Corramos!  
Rancés, el alma de Rancés, echó a andar detrás de ellos. Ya he dicho que no conocía la casa.

III

La afligida esposa y su tertulia.

Pisando los tacones de los caballeros desconocidos, el alma de Ubaldo Rancés entró en el cuartito de la planta baja que tenía una reja con vistas a la calle.

Era una habitación reducida, íntima y bienacogedora. Una cómoda, un sofá, doce sillas y, en las paredes, cuadros representando asuntos religiosos. Una consola también. Todo ello estilo isabelino. El remate de la consola, consistía en dos palomas doradas que, amorosamente juntaban el pico. Encima de la cómoda ventruda, dos campanas de cristal guardaban respectivamente, unos puentes cuajados de nacaradas conchas y caracolillos marinos. Debajo de los puentes, había sendos bergantines de plata con sus velas de seda desplegadas.

Los postigos de la reja, estaban entornados, y allí la habitación permanecía en discreta penumbra propicia al aparatoso dolor de la viuda deliciosamente desconsolada.

Geneveva estaba sentada en una mecedora de rejilla que, junto con varias sillas de aseo, trajeron del comedor para ompletar el número de asientos indispensable a la numerosa concurrencia.

Rancés, después de inspeccionar el mobiliario, pasó revista a la reunión.

No conocía a nadie

—Serán—se dijo—gentes del pueblo. No obstante diría que conozco a ese señor que prodiga a Geneveva sus consuelos. ¿Dónde he visto yo esa cara?... ¡Ah!... ¡Ya sé!... En cierta ocasión le encontré al salir de mi casa. Lo recuerdo perfectamente. Geneveva me dijo que era un corredor de encajes, vanicas y botones de nácar. Yo nada sospeché. Pero... después de lo que estoy viendo, tendré que exclamar como en las comedias: «Ahora lo comprendo todo», mi comedia ha terminado. Y ellos, como es natural dejaron de fingir. ¡Qué vida está!... Voy a situarme entre ellos. Oiré mejor.

Sinforosa la antigua criada, entró con una bandeja en la mano.

—Vamos doña Geneveva, tóme usted esta tacita de caldo. Y bébase el Jerez.

—¡No puedo!—declamaba la viuda—¡No puedo!... ¡Ay!... ¡Yo voy a morir!

—Por Dios, Geneveva, no diga usted estas cosas. Piense usted que todo ha terminado. Usted se ha portado como una heroína. Todos somos festigos de sus sacrificios. ¡Vamos!... Un sorbito. A ver, pruebe usted.

—¡Ay!... usted sí que es un buen amigo, Genaro. Sin sus desinteresados consuelos, ¿qué hubiera sido de mí?...

El tal Genaro, un tipo cuarenton de retardados bigotes rizados y calva prematura, sostenía la bandeja mientras la desconsolada Geneveva se llevaba a los labios la taza de caldo con gracioso ademán de dama aristocrática al tomar el té. Bebía a pequeños sorbos calmosamente. Entre sorbo y sorbo, asaetaba con las miradas de sus negros ojos a su improvisado galanteador.

Ubaldo Rancés, contemplaba el inesperado espectáculo con esa ironía con que sólo los muertos pueden contemplar estas cosas. No sentía celos. No se consideraba agraviado. En realidad él ya no existía, ¿por qué preocuparse?

La viuda de Ubaldo Rancés estaba muy interesante con su vestido negro, coquetonamente despeinado y los labios sin pintar. Las ojeras eran esta vez naturales. No en vano había pasado tres noches sin dormir. El negro la sentaba muy bien. Su busto exuberante de espléndida matrona otoñal ressaltaba magnífico. Tenía lentos ademanes de gata adormilada.

Ubaldo tuvo el capricho de hacerla cosquillas, unas eléctricas cosquillas heladas que recorrieron todo su cuerpo como un espasmo, unas cosquillas como sólo pueden hacer las almas de los muertos.

—¿Qué la pasa a usted, Geneveva?, inquirió Genaro alarmadísimo.

—No sé. Debo de estar mala. He sentido un escalofrío que, en un instante, me ha recorrido todo el cuerpo.

—No es nada—dijo Genaro.

Y una señora,—doña Pomposa, la indispensable visita de todas las casas en las cuales hay alguien de cuerpo presente—exclamó:

—Es la muerte, chiquita.

Ubaldo sintió unos deseos irresistibles de largarse. Pero se contuvo. La atracción de la antecala mortuoria era más fuerte que la que en él ejercía la de salir a recorrer el pueblo donde había ido a morir.

Empezó a reseguir la breve estancia fijándose en cada uno de los funerarios contertulios. Alguna vieja, dos señores graves, y muchas damas de cierta edad. De pronto, le vino la ocurrencia de situarse detrás de un caballero, ventrudo y solemne, que miraba a la viuda con ojos de carnero. Pensó: «Necesito saber quien es». ¿Cómo lograrlo? Le sopló con fuerza en el cogote. La anímica estratagemata surgió su efecto.

—¿Está usted molesto, señor alcalde?

—No, señora. He creído notar una corriente de aire.

—Sinforosa, ¡Cierra esa puerta!

—¡Oh, no hacía falta!... Muchas gracias, señora. Es usted muy amable.

—La pobre Geneveva está en todo.

—Mi marido que en gloria esté—empezó a contar Geneveva—tenía la aprensión de las corrientes de aire. Recuerdo que a los dos días de casados, él... yo... él... ¿qué iba yo a decir?... ¡Ay, se me va la memoria!

El alma de Ubaldo Rancés se retorció de risa. Porque no era que a Geneveva se la fuese la memoria, sino que él, con su clara visión de los registros cerebrales, acababa de obstruir, por presión, una de las células radiadas que guardan en sus puntas los recuerdos de la luna de miel.

—¡Nada!... ¡Imposible!... No recuerdo lo que iba a decir.

Esa falta de memoria contrarió a Geneveva, temerosa de que Genaro la pudiera achacar a inicios de vejez. Para disimular, se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Ay, mi pobre Ubaldo!... ¡Ya no le verá más!...

Hubo un largo silencio. Las visitas de pésame iniciaron el desfile.

—Genaro—dijo con voz melosa Geneveva—no me abandonen ustedes. Esta noche usted y su hermana se quedarán a cenar.

—Velaré—repuso Genaro con firmeza—hasta la madrugada. Quiero velar el cadáver de su pobre marido.

Tecla, la hermana de Genaro, asintió:

—¡No faltaba más!... Nos quedaremos a velar.

Ubaldo Rancés, asqueado, pensó para sus psíquicos adentros:

—Pues yo me iré al Casino. El alma es libre. No, yo no paso esta noche en casa. Ya os contentaréis con velar el fiambre.

Y, detrás de doña Pomposa, salió a la calle principal.

IV

Noche de ánimas.

Este es el monólogo del alma de Ubaldo Rancés, la noche del día de su muerte en que abandonó la casa del blanco pueblo costero donde acababa de morir.

—¡Qué noche más bella!... Sospecho que lo voy a pasar admirablemente. Luna clara, blancas casitas plateadas, aire perfumado de jazmines... ¡Bien!... ¡Esto marcha!... Voy a subir al campanario. ¡Vaya panorama espléndido!... El mar está quieto como un lago. ¡Vamos!... El campanero estará ya tranquilo. Veo que ha engrasado las campanas. ¿Qué estará tocando ahora?... ¡Ah, ya!... Ya caigo. Es la salida del rosario. ¡Cuántas viejas salen de la iglesia!... ¿Dónde estarán las chicas del pueblo?... ¡Ah, ya sé!... Creo divisarlas. Están en el paseo Marítimo sentadas en los bancos de debajo de las palmeras. En uno de esos bancos, en un

pueblecito muy parecido a este, conocí a Geneveva... Voy a descender del campanario. No me gusta ir por los aires. Prefiero recorrer las calles. ¡Cuán escasa animación!... Los mortales dan demasiada importancia a la comida. De todos los hogares salen olores distintos. Me gusta comprobar que el alma no ha perdido el olfato. Podría distinguir claramentecada olor por separado. No; no me equivoco. Estofado, bacalao a la marinera, judías con lomo. Comen bien. Al olorillo del guiso todos se reintegran a su hogar. ¡Cuánta animación!... ¡Ah!... Son los que acaban de llegar de Barcelona en el último tren. Es una ventaja estar cerca de la capital. Se ve que aquí hay muchos veraneantes. Les alabo el gusto. Este pueblecito es muy agradable... ¡Qué oigo!... ¡Hablan de mí?... Sí; dicen que mañana van a ir a mi entierro. ¡Dios se lo pague!... ¿Qué dicen de Geneveva y de Genaro?... ¡Me es igual!... ¡Qué digan lo que quieran!... Todo es efímero fuera de mi alma libertada. ¡Anda! ¡A cenar!... No lograrán torcer mi propósito de llegarme hasta el Paseo. ¡Oh, las frescas risas juveniles!... No he tenido hijos. No dejo descendencia. Tal vez por esto me atraen más esos alegres grupos de jóvenes y de muchachas. ¡Qué bien me siento entre ellos!... A pesar de mis cincuenta años de vida terrena, mi alma se ha mantenido joven como las suyas.

Si entre esas parejas de enamorados no surgieran más tarde las Genevevas inevitables, el mundo no estaría del todo mal. ¡Vamos!... También se van a cenar. No quiero quedarme solo. ¿Y si fuese a visitar el cementerio que ocupará mi cuerpo?... ¡Mi cuerpo!... No lo quiero volver a ver. La idea de que le hayan hundido en una levita, me lo hace aborrecible. No está mal ese camposanto. No recuerda la muerte. Parece un jardín. ¡Hola!... ¡Un ruiseñor!... ¡Qué agradable resulta el canto del ruiseñor en noche de luna!... ¿Eh?... ¿Quién vá?... ¿No estoy solo?

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

—Usted no es del pueblo ¿verdad?

—No;—replicó Ubaldo—soy forastero. Tan forastero que no conozco el pueblo donde he venido a morir.

—Yo, en cambio, vengo de muy lejos para verlo, es decir: para volverlo a ver.

—¿Cuándo murió usted?

—Ayer.

—¿En el pueblo?

—¡Cal!... En el Báltico. Soy piloto. En este pueblo hay mucha afición al oficio de marino.

—¿Le duele que a su cuerpo se lo hayan comido los peces?

—Querrá usted creer que me tiene sin cuidado.

—Lo creo. ¡No he de creerlo!... Entre verlo vestido de levita, entre cuatro cirios, o hundido en las profundidades del mar, la elección no es dudosa. Para que se convenza ¿quiere usted ver el mío?

—¡Vamos!

Ubaldo Rancés condujo el alma del piloto hasta la ventana de su estancia. Se asomaron.

—¿Ese era usted?

—Sí.

—Estaba usted muy flaco.

—Tres meses enfermo... ¡usted verá!

—¿Nos vamos?

—¡Andando!... ¿Quiere usted que vayamos al Casino?

—Con esta idea salí de casa. Pero le advierto que no conozco a nadie.

—Le enseñaré mis camaradas.

—¿Marinos también?

—Sí; marinos retirados.

Llegaron al Casino. Para entrar abrieron, de par en par, las puertas. ¡El remolino que se armó!... Los viejos, acostumbrados a la viciada atmósfera del café, le armaron un escándalo al conserje. El aire puro les dañaba.

—¿Qué hacen ahí esas gentes? preguntó Ubaldo.

—Ya lo vé usted: se aburren como ostras. Se afanan durante su azarosa vida para

acumular dineros. Se retiran, echan un genio de mil demonios, juegan al dominó o a las cartas, pasean por el camino del cementerio y luego se mueren de aburrimiento en la alcoba familiar entre pócimas, cataplasmas y cocimientos de hierbas. ¡No les envió la muerte!

—Hace usted bien. ¿Y a dónde piensa usted ir ahora, si puede saberse?

—Hacia la eternidad. El navegar no me asusta. ¿Qué?... ¿Viene usted conmigo?

—No. ¡Buen viaje!. No pienso moverme. Me interesa sobremanera el espectáculo de la vida después de la muerte.

—¿Qué era usted en vida?

—Poeta.

—Son ustedes incorregibles. ¡Qué ganas de perder el tiempo!. Les gusta soñar hasta después de muertos. ¡Adiós!..

Ubaldo Rancés, al quedarse solo, se fué a la playa. Y se quedó contemplando, ensimismado, los encajes de las olas que, a la luz de la una, parecían tejidos con hilos de plata.

Por la vía del tren pasó un mercancías que rechinaba como un condenado.

V

El entierro de Ubaldo Rancés.

El alba encontró a Ubaldo tendido en la arena. Era el reposo absoluto. La playa silenciosa, el mar en calma, y la inmensidad de la bóveda celeste iniciaban en el alma del aprendiz de muerto, la idea de la eternidad.

—Hay que acostumbrarse al misterio— se decía Ubaldo—y sospecho que la larga contemplación de este panorama tiene, para mí, algo de entrenamiento. Ese globo de fuego que con majestuosa lentitud, asciende por el horizonte, me acostumbrará a la idea de encararme con el Creador.

A su lado unos pescadores, varaban sus modestas embarcaciones. El viento les era favorable. Tendieron las blancas velas latinas y las barcas se hicieron a la mar con un no sé qué de cisnes deslizándose sobre la superficie tersa de un lago.

Empezaron a tañer las campanas. Sus sonos se dilufan en la dulce paz matutina.

—Tocan a muertos. ¿Será por mí?... Sí; hoy es el día del entierro de mi cadáver.

El alma de Ubaldo Rancés, se desperezó alargándose como la niebla y rozando los sembrados. Sentíase poseída de una dulzura infinita. Y en este estado de contento, fué recorriendo las huertas y los suaves montes vecinos. Los pájaros la traspasaban cual flechas sin dañarla.

En este paseo singular transcurrieron las primeras horas de la mañana. Ubaldo se había remontado a gran altura con el piadoso intento de dificultar el vuelo de un gavián poseído, sin duda, de aviesas intenciones, cuando divisó su propio entierro.

—Van a enterrar mi cuerpo—se dijo—y yo no puedo faltar.

Descendió en espiral, rizando el rizo como un consumado aviador. Y, por haber calculado matemáticamente las distancias, fué a sentarse en el pescante de su carroza mortuoria.

—¡Vaya caja la que me regala Geneveva! Nunca hubiese sospechado en ella tanta generosidad. ¿Generosidad?... ¡Vanidad de vanidades!..

De vez en cuando se volvía a contemplar el acompañamiento.

—¡Cuánta gente!. ¡Qué gracia me hace mi cuñado Federico con su compungida cara de circunstancias!. Veo que mi sobrino Heliodoro ha calido a su tía. Es tan hipócrita como mi mujer. ¿Y ese cura?... ¿Quién es ese cura?... ¡Ah!. ¡Ya sé!. Es el jesuita confesor de Geneveva. Su director espiritual, vamos. Está visto que mi mujer que no aceptó nunca mi dirección tenía dos directores: el espiritual y el corporal. ¿Por dónde andará el director corporal?... ¡Ah!. Ya le veo. Es discreto. Ocupa la séptima fila. ¡Bravo, Genaro!. Sabes disimular. ¿Y si me mezcase en el acompañamiento?..

No. Conozco demasiado esas situaciones de compromiso. Hablarán de todo menos de mí. ¡Andandol.. El cochero y los lacayos son los más sinceros. Es su oficio y no engañan a nadie. Los que me revientan son los curas. Les encuentro grotescos con sus capas pluviales. ¿Qué demonios cantan?... ¡Me van a servir de algo sus latines?... Sorrecho que no. A lo mejor ponen de mal humor al Eterno con sus monótonos rezos rutinarios y salgo perdiendo.

Detrás del féretro el loco del pueblo, el infeliz Segismundo, un pobre cretino desamparado, rezaba su acostumbrada letanía profana:

—¡Otro muerto al hoyo!. ¡Ya tenemos otro!. ¡Ya cayó!. ¡Al hoyo, al hoyo!. ¡Ya tenemos otro!..

¡Hasta los forasteros dejan aquí la piel!. ¡Al hoyo, al hoyo!. ¡Ya cayó!..

Ubaldo Rancés, poeta al fin, agradeció el profundo humanismo de la sincera letanía del pobre infeliz.

La fúnebre comitiva había llegado al cementerio.

El director espiritual de Geneveva, largó al auditorio una sarta de lugares comunes. Ubaldo se sentía indignado. Y lo que más le disgustó fué que el jesuita dijera que él estaba en el Purgatorio.

—Mientras el muerto—decía el predicador—purifica su alma en la llamas de ese lugar de expiación, nuestras oraciones...

Ubaldo Rancés, no se pudo contener y largándole un directo a la barbilla, con habilidad de boxeador, logró que el reverendo se mordiera la lengua.

Despedidas, apretones de manos, llantos fingidos, cómicas expresiones de falso dolor... Y el cuerpo de Ubaldo Rancés, se vió metido en un nicho como quien mete una caja de conservas en la estantería de un almacén.

La comitiva formada por los más íntimos —íntimos!—se quedó admirando los ejercicios de tapiar hábilmente, y con inusitada rapidez, que realizaba el albañil del cementerio.

El alma de Ubaldo Rancés, se abatió en la fragante copa de un ciprés magnífico, que tenía un rosal enroscado al tronco y el interior lleno de nidos de pájaros. Desde su bello refugio sorbía la hondura del silencio nocturno con delectación y se bañaba en la lechosa luz lunar con voluptuosa complacencia. Y sintió que estas puras sensaciones le clarificaban haciéndole más alado y transparente.

VI

Treinta días después

Doña Geneveva Meléndez, viuda de Rancés recibía los jueves.

Se había mudado de casa. Era necesario apagar el rescoldo de la pasada vida conyugal. Y en el hotelito de las afueras que, estrenaron el día de su boda, quedó enterrado el recuerdo del marido difunto. D. E. P.

Un pisito en el ensanche; muebles modernos, una jaula de latón con un canario, rematada por un lazo azul celeste, fonógrafo, pianola y un blanco perrito «lulú».

Después de treinta días de aislamiento, prácticamente aprovechados para la mudanza, las compras, las reformas del nuevo piso y las grandes mejoras realizadas en la persona de Geneveva, por un instituto de belleza, la doncella abrió la puerta a la primera visita oficial.

La doncella de doña Geneveva se llamaba Totó. Poseía tres idiomas. Dominaba los bailes modernos. Era modista, planchadora y manicura. Tenía nociones de enfermera y practicaba muy bien el masaje. Es decir: un mirlo blanco. Un mirlo blanco con una deliciosa piel morena de gitana, unos negros ojos tenebrosos, una boca fresca pronta a dejar escapar los más seductores gorjeos de la risa, una negra y ondulada cabellera, una figura esbelta y un ritmo felino en sus andares.

Vestía un traje negro de paño, muy ce-

nido al busto perfecto, y la falda le llegaba hasta las rodillas dejando admirar unas piernas de líneas impecables, que terminaban en un breve pie calzado con zapatos de charol. Completaban su indumentaria, de doncella de buena casa los guantes blancos, el negro mandilín de raso y ese medio gorrito de encajes, con el cual, no se sabe por qué, se cubren la frente las mozas de su oficio.

—¿Está en casa doña Geneveva?

Genaro Cicuendez hizo esta pregunta por decir algo. Bien sabía que la desconsolada viuda le esperaba.

—¿A quién anuncio señor?..

El almirado cuarentón se quitó el guante de la mano derecha, buscó en la cartera y entregó su tarjeta a Totó.

La doncella dando saltitos como una colegiala, se fué por el corredor.

Mientras Genaro, contemplaba los cuadros del recibimiento, llamaron a la puerta. Primero sonó el timbre. Después alguien dió en la puerta con los nudillos.

La doncella volvió presurosa

—Tenga usted la bondad de pasar, caballero.

Al hacer esta invitación abrió la puerta.

—¿Nadie?..

Genaro había vuelto la cabeza.

—¿Cómo nadie?

—¡Ya lo vé usted. Y usted también habrá oído llamar, ¿verdad caballero?

—Sí. Primero, sonó el timbre y luego golpearon la puerta.

Geneveva había salido, intriguadísima al corredor.

—Perdón Genaro. Usted oyó llamar, ¿verdad?

—Sí.

—Y... ¿no hay nadie?

—¡Nadie!..

—Se habrán equivocado de puerta.

—Seguramente. Pero... da la casualidad de que mi difunto marido llamaba siempre así.

Totó de un brinco, se agarró al cuello de Cicuendez.

—¡Uy!.. ¡Qué miedo!

—No sea usted chiquilla, exclamó Genaro mientras, por discreción, procuraba alejar la dulce carga.

Geneveva se puso muy colorada.

—¡Vamos Totó!.. ¿Qué pensará ese caballero? Retírese usted.

Geneveva y Genaro pasaron al saloncito de confianza tapizado en rosa..

—¡Ay Genaro!.. Estoy desolada. El muerto me persigue a todas horas.

—No diga usted bobadas. Esas son alucinaciones. Siempre fué usted muy nerviosa.

—Le aseguro que no.

—¿Cree usted en las apariciones de ultratumba?

—No sé. No sé.

—Concretemos. ¿Ubaldo se le aparece?

—¡Qué horror!.. ¡Dios me libre!

—Entonces... ¿a qué obedecen esos temores?

—A que todos los días llaman a la puerta.

—¿Y ustedes la abren?

—Sí.

—¿Y quién entra?

—Nadie.

—Querida Geneveva, hablemos de otra cosa. No se preocupe usted. Daré mis órdenes al portero. ¡Claro! Una mujer sola...

—¿Usted cree?

—¡Naturalmente!.. Ya verá usted como Ubaldo no vuelve a llamar.

Se iniciaron las confidencias amables. Geneveva hizo constantes alusiones a su espantosa soledad. Cicuendez eligió el contraste del vestido negro con el pelo rubio y no tuvo reparo en declarar que la mujer que se tiene el pelo de muestra poseer en alto grado el talento de agradar.

—¿Tomará usted conmigo una taza de té?

—¡Encantado!

Sonó el timbre.

—¿Desea algo la señora?

—Sírvanos el té, Totó.

—Ahora mismo, señorita.

En cuanto la doncella se hubo marchado, Cicuendez se atrevió a insinuar:

—Renovó usted la servidumbre?  
—No. La aumenté. ¿Lo dice usted por esa chiquiña?  
—No... sí... Es decir... Parece lista.  
—Y guapa, ¿no?  
—No me he fijado.  
—¡Pillín!... ¡Qué malos son ustedes!  
—El sol, Genoveva, eclipsa las estrellas.  
—¿De veras?  
—Se lo juro. Te lo juro. ¿A qué fingir?.. Esa soledad que te abruma, puede terminar con una palabra tuya.

—¡Ay, Genaro!  
Enmudecieron. Totó, acababa de dejar el servicio en el velador.

—¿Manda algo la señorita?  
—No. Puede usted retirarse.  
En el saloncito rosa, reinaba una penumbra propicia. Genaro besó a la viuda en la mano.

—¡Por Dios!  
—Estamos solos.  
—Esta soledad, me aterra.  
—¿Tienes miedo de mí?.. ¿Tienes miedo del único hombre que ha sabido adorarte en silencio?..

—¿Y el luto?  
—Te sienta admirablemente.  
—¡Robin!.. Quiero decir que el luto me obliga a guardar las apariencias.

Al decir esto Genoveva, se recostó displicente en el sofá, haciendo un mohín de coqueta. Genaro la contemplaba arrobado.

—¡Ay!—exclamó la viuda—¡Me has hecho daño! ¡Cómo aprieta tu mano de hielo!

—¡Mi mano de hielo!... ¿Qué dices, Genoveva?... ¡Vuelve en tí!.. A ti te pasa algo. ¿Cómo pude apretarte la mano?... Fíjate bien. Mira como estoy. Tengo la cabeza apoyada en las manos. ¿Qué es eso de mi mano de hielo?..

Genoveva le miró aterrada.  
—¡Oh!.. Sí, Genaro, una mano de hielo acaba de estrechar la mía con fuerza. ¡Mira las señales!

En la gorrizuela mano derecha de la viuda se notaba la reciente presión de los dedos humanos.

—¿Es él?...  
—¿Qué estás diciendo?  
—Es él. Es Ubaldo.  
—Calla mujer. ¡No digas disparates!

Genaro la agarró suavemente por la cintura. Hizo que ella recostara la cabeza sobre su espalda y empezó a acariciarla como a una niña.

El alma de Ubaldo Rancés, refugiada en un ángulo de la habitación, contemplaba indiferente el espectáculo como si todo fuera efímero a su alrededor. Genoveva, era una mujer, Genaro un hombre y Ubaldo tenía en su mano los misteriosos hilos invisibles que mueven a los pobres peleles humanos. Hizo un nudo muy fuerte y, en el momento en que Cicuendez abrió la puerta del balcón para que el aire reanimara a la asustada viuda, se lanzó al espacio.

## VII

### La autopsia de Genoveva.

Aquella tarde el alma de Ubaldo Rancés, estaba dispuesta a todo. No quería abandonar este mundo sin averiguar qué extraño ser era el que le había tenido sujeto a la cadena matrimonial durante veinticinco años consecutivos.

Llovía pensadamente. Era domingo. Genoveva se había quedado sola en casa. Estaba muy nerviosa. Esperaba. Se impacientaba. Se desesperaba.

—¡Ese Genaro!... Es un mal hombre. ¡Como todos!

Ubaldo era tan humilde que no se atrevía a filtrarse por las paredes. Resistíase a hacer uso de sus libres facultades de alma suelta y, sin darse importancia llamó a la puerta del piso de su viuda con sencillez de lechero o de sereno.

Genoveva fué a abrir, pensando que era el otro.

—¡Nadhel!.. ¡Qué asco!.. Menos mal que,

esta vez, no han imitado las llamadas del muerto.

Volvió a cerrar.  
Ubaldo la empujaba, con suavidad, hacia la cama.

—¡Qué cansada estoy!.. Voy a echarme un rato. Esto es el tiempo. ¡A mí, que me den claros días de soll!..

Genoveva se acostó.  
—Tengo la cabeza como un plomo. ¡Qué cosa más rara!.. ¡Qué pesadez!.. ¡Qué opresión!.. Chando anestesian a un enfermo, debe sentir algo muy parecido a lo que siento ahora. Y a todo esto, sola en la casa. ¿Y si llamase a la portera?... ¡Cal!.. No puedo. El sueño me vence. Yo... ya no..

Quedóse dormida.  
El alma de Ubaldo Rancés comenzó a operar. Hizo un análisis minucioso de todos los resortes corporales de que disponía el alma de Genoveva para la vida de relación. Pulsó, cual si fuera una lira, el sistema nervioso. Analizó detenidamente algunas vísceras esenciales. Hurgó en células innumerables y multiformes.

—Estoy satisfecho. Da gusto trabajar con los ojos del alma. Mi mujer sólo me interesa como caso clínico. ¡Qué bien!.. Esta vez, mi juicio psicológico no estará subordinado a la emoción. No sabía que las almas pudiéramos realizar tan curiosas autopsias.

Se entretuvo largamente. Escrutó con avidez. Hizo un análisis detalladísimo.

—¡Pobre mujer!.. Por algo la traté siempre como a una niña. Todos me acusaban de excesiva bondad. Pero ahora veo claramente, que, en vida, supe muy bien lo que me hacía. No tiene culpa. Es inocente. Su alma dispone de órganos muy rudimentarios para expresarse. El del egoísmo tiene un desarrollo excesivo. Ahora me explico su constante afán por sacarme todo el jugo y creer que el vínculo matrimonial me obligaba a tenerla en una especie de altar. Si en vida pudiéramos ver esas cosas, seríamos más justicieros. ¡Pobre Genoveva!

Rancés abrió el balcón de par en par. Llovía. La atmósfera era pesadísima.

Genoveva se desperezó con lentitud.  
—¡Qué sueño más pesado!.. ¿Qué hora será?..

Miró el reloj de pulsera que había dejado sobre la mesilla de noche.

—Las ocho y media. ¿Quién ha abierto el balcón?... Juraría que estaba cerrado.

Llamaron a la puerta.

—¿Será él?  
Era Totó.

—¡Vaya unas horas de venir!  
—Mi novio..

—¡Ah!.. ¿Tiene usted novio?  
—Sí, señorita. Tengo novio.

—Llaman. ¿No ha oído usted llamar?

La viuda volvió a encerrarse en su cuarto y esperó.

Genaro Cicuendez se detuvo en el recibimiento.

Genoveva empezaba a impacientarse. Quiso salir a su encuentro y no pudo. Las piernas no la obedecían. El difunto se las sujetaba fuertemente impidiéndole avanzar.

—No quiero—se decía el alma cándida de Ubaldo—destruir sus ilusiones. Hay que evitar que sorprenda a su novio abrazando a la doncella. La pobre no sospecha nada. Acostumbrada a mi trato, cree que todos los hombres son como fui yo.

## VIII

### La ascensión de Ubaldo Rancés.

—El vagar del alma de Ubaldo por la tierra, empezaba a hacerse pesado. En vano procuraba amenizarlo el propio interesado hurgando en las conciencias de los más redomados hipócritas que gozan fama de personas de bien y haciendo acto de presencia al cometer los santos varones las secretas malas acciones acostumbradas. No hallaba en la comprobación de sus anteriores sospechas el menor placer.

—Todo eso, dábalo yo en vida, por descontado—solía decirse—¿Acaso no es lógi-

co que los que más empeño tienen en aparentar una vida virtuosa hasta la exageración, lo hagan para ocultar la crápula que la corroe?... Tan de cristal resultaban para mí esas vidas de las «personas de bien».. cuando las miraba con los ojos del cuerpo que ahora que lo hago con los del alma. Ahí está Cicuendez, el gran Cicuendez, liado con la doncella desde antes de casarse con la que fué mi mujer. A veces creo que cada medalla de cofradía o de congregación que ostenta ese hombre es la señal de un lio distinto. ¡Oh!.. ¡Y si todo acabase en lio!.. Usurero, explotador de los humildes, falso, traidor, rastrero, incapaz de la menor acción noble, materializado, egoísta.. y todos lo respetan. ¡Oh, la proverbial honradez de don Genaro Cicuendez!.. ¡Si supieran lo de la infeliz muchacha muerta al abertar!.. ¡Si vieran el despojo de que hizo objeto a una viuda!.. ¡Si se enterasen de la estafa hecha a unos menores!..

Aquella tarde don Genaro Cicuendez, llevaba una vara del palio en una procesión de barrio. Iba estirado, serio, solemne..

La pobre Genoveva veía pasar la procesión desde el balcón de la casa de una familia amiga. Vivía amargada, aburrida, dominada.. Su nuevo dueño la tenía en un puño. De señora había pasado a esclava. Y tenía que fingir una felicidad que no sentía, porque todas sus relaciones le hablaban de su marido como de un santo laico.

A Ubaldo le daba lástima.

—¡Pobre Genoveva!.. No la guardo el menor rencor.

Fué a situarse en el balcón al lado de ella.

Le pronto oyó que todas las mujeres señalaban a Genoveva la presencia de su marido.

—¡Ya vienel!.. ¡Ya vienel!.. exclamaban.

—¡Con qué devoción lleva la vara del palio!

—¡Qué señor más bueno!

—¡Tiene usted un marido modelo!

Y una vieja devota se acercó a decirle al oído:

—¡Cómo ha ganado usted con esta boda! Su primer marido era un descreído, una mala persona.. En cambio don Genaro..

Ubaldo, que ya estaba harto de respirar la fétida atmósfera de falsedades, se deslizó del balcón al suelo por la vara que sostenía Cicuendez, provocando la caída de éste en un charco.

Se detuvo la procesión, desmayóse Genoveva, Genaro chapoteaba panza arriba, como un sapo..

Entre un mozo de cuerda y un sacristán, llevaron a Cicuendez, chorreando barro, a la próxima casa de socorro.

A poco la clara callejuela del barrio pacífico volvió a quedar silenciosa. Un vecino celebraba su santo, elevando globos grotescos. La chiquillería no se cansaba de aplaudir.

—¡Bravo!.. ¡Bravo!..

—¡Es un cural

—¡Y un guardia urbano!

—¡Mira como suben!

—¡Bravo!

Ubaldo, sugestionado sin duda sintió el imperioso deseo de ascender.

Y en la paz de la clara tarde, dominical, —entre sonos de campanas, chillidos de golondrinas y risas infantiles— se decidió a surcar el espacio infinito entre un guardia y un cura de papel, hinchados de humo como tantos y tantos peleles humanos.

Así fué la ascensión de Ubaldo Rancés.

Agosto, de 1926.

(PROHIBIDA LA REPRODUCCION)

# LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

por CASIMIRO GIRALT

IV

## UNA NOCHE EN PORT-SAID

Atardece. El sol pone una franja de oro en lo alto de la copa de unos árboles lejanos que parecen adentrarse en el mar.

A la cabeza de ellos, difusa, apenas perceptible por la distancia, vérguese una silueta humana, como capitán temerario y fanfarrón que llevase a aquella fantástica tropa a la conquista del mar...

Aquella silueta humana, perpetúa en mármoles y bronce la memoria del gran ingeniero que se llamó: Fernando de Lesseps, caballero capitán del ingenio humano a cuya excelcitud no llegó jamás capitán alguno, pues nadie como él, supo esclavizar dos mares, forjando para ellos y a su antojo una cadena indestructible, eterna...

El «Adolf Woerman» al aminorar su marcha para la entrada al puerto, abandonaba el Mediterráneo, para seguir su ruta hacia extremo Oriente, y abandonaba también a la farándula barcelonesa, que debía desembarcar allí, para proseguir su viaje en ferrocarril hasta El Cairo, capital en la que debía debutar al día siguiente.

Nuestros compañeros, hacía ya algunas horas habían despedido con una última mirada no desprovista de melancolía, aquel Mediterráneo tan nuestro, cuyas ondas se perdían en la lejanía remota...

Las aguas de aquel mar, aún siendo las mismas del Mediterráneo, en las cuales hendía el buque sus hélices potentísimas, no parecían ser ya las del mar amigo. Su azul de maravilla rutilante, bajo el oro del sol, que tantas veces embriagó nuestras pupilas, habíase trocado en un color verdoso, indefinible...

La mirada curiosa de nuestros compañeros, descubría en ellas, casi a flor de agua, una especie de hongos, provistos de múltiples filamentos que caían de sus bordes y que la corriente movía blandamente. Eran unos extraños seres, de constitución transparente, a través de cuya masa gelatinosa agitábase, perfectamente visibles, multitud de pececillos que el estafalario ser había ingerido para su alimento.

El «Woerman», avanzaba lentamente por el puerto, rodeado, mejor dicho, materialmente aprisionado, por millares de pequeñas embarcaciones, tripuladas por gentes de todas las razas y de todos los colores. La chillería era espantosa, inenarrable. La locura parecía haberse apoderado de aquellos hombres que vociferaban sus mercancías como energúmenos en idiomas y dialectos de fonética encontrada y estridente.

Allá, todavía a lo lejos unas cúpulas y unos minaretes altivos se destacaban de la masa gris de la población y tras ellos, el sol, perdido en la lejanía del desierto, encendía de púrpura el horizonte, recortando

la silueta melacólica de unas palmeras solitarias...

La población de Port-Said, puerto de escasa importancia, pero sí uno de los más característicos de Oriente ofrece curiosas perspectivas a la mirada atónita del viajero. Junto al muelle, orillándolo en toda su parte derecha, véñese edificios de uno y dos pisos, con fachadas, algunos de ellos, a franjas blancas y rojas. Los balcones dan vuelta a estos edificios, ofreciendo desde ellos, casi sobre el mar, el magnífico panorama del puerto.

Junto a la salida del muelle, ábrese una vía que bien pudiera ser una calle de Tokio o de Bombay. La forman dos ringleras de casa de planta baja, en las cuales está instalado casi todo el comercio de la población. Tapices, marfiles, porcelanas, pieles, alfombras, tabacos, perfumes, sedas, ámbar, joyas, bordados, armas, idolillos, pipas, lacas; todo lo que de típico y maravilloso encierra Oriente de uno a otro confín, ofrécese en aquellas tiendas bajo la mirada codiciosa y vigilante del mercader sirio, judío, griego, egipcio, macedónico, beduino, que os habla, es un decir, hasta en doce y catorce idiomas diversos.

Más allá en una hermosa vía transversal, ábreñese los cafés con sus terrazas a la europea, sus camareros europeos, sus bebidas cosmopolitas y su magnífico café turco. En ellas el asedio al viajero, por parte de los vendedores ambulantes, es verdaderamente espantoso. Se le ofrece todo lo imaginable y todo lo que nadie imaginara pudiera ser vendido por las calles. Se le hostiga. Se le molesta. Se le desespera. Es preciso alejarle con un gesto airado, mejor aún, con uno de esos gritos que en todos los idiomas no dejan lugar a duda en cuanto a su significado.

Más allá de esta calle, extiéndese la población moderna con edificios de ponderada arquitectura, levantados en calles bien alineadas y urbanizadas. El barrio árabe, es por demás insignificante. Port-Said, es la ciudad de Egipto, sin duda, que cuenta con menor población indígena.

Es un pueblo construido por europeos. Parece haberse levantado con la exclusiva mira del turismo. Diríase que su estructura obedece a la preocupación de situarla ante el objetivo fotográfico. Es un país de postal, un pueblo de acuarela. No parecen luchar en él, como en otras poblaciones de Egipto, dos razas y dos civilizaciones, primitiva una, poderosa la otra. Lo exótico no pretende imponerse a lo típico. Lo moderno y lo arcaico armonizan perfectamente. Parece una población levantada por una poderosa manufactura cinematográfica americana, con el objeto de filmar unas escenas en Oriente, para las cuales se dispone de antemano de numerosa comparsería vestida a la usanza indígena, de mezcuita en yeso y de atrevidos minaretes de cartón-piedra...

Port-Said, es una población dormida, con

extraño sopor, del que no despierta hasta la llegada de un transatlántico que hace escala en sus aguas. Entonces se produce en ella un movimiento inusitado, una agitación instantánea y enorme. Aunque sea por la noche, aún a altas horas de la madrugada, ilumináñese profusamente sus calles, ábreñese como por arte de encantamiento sus tiendas, échanse a la calle sus vendedores ambulantes, los coches de punto con sus caballitos árabes, graciosamente enjaezados; los cafés disponen sus terrazas que llenan de músicas alegres las orquestinas y los jaz-band, y precipítanse en sus lanchas los innumerables vendedores que a los pocos momentos rodearán el buque, atronando el espacio con su algarabía estrepitosa.

Después de unas horas, cuando el buque, satisfechas sus necesidades de carbón, agua o víveres, se dispone a zarpar, la población vuelve a su habitual somnolencia, como atargada por el sol africano que sume su cuerpo y su espíritu en una inercia de la que no despertará hasta la visita de una nueva embarcación.

Port-Said es un pueblo que sueña. Pero no sueña con hadas, príncipes ni pastoras, ni con el buque que pasa y que le dejará con la espuma de su estela una romántica inquietud por lo desconocido. Port-Said sueña, menguada fantasía oriental, con el buque que llega, que se detiene y deja unas monedas en la población...

Aquella noche en que puso pie en tierra la compañía «Mujeres y Flores de España», Port-Said despertó como nunca de su sueño. La alegre caravana se desbordó por la población llenándola con sus risas y con el perfume y la gracia de sus mujeres.

Había que partir a las seis de la mañana y, era preciso aprovechar el tiempo. Se sacó del rincón más recóndito de la cartera, el último billete,—el billete destinado para las ocasiones trascendentales— y se compraron las baratijas y chuchetas más inverosímiles: el collar de ámbar (?) de procedencia alemana, el elefante de marfil... artificial; el Tapiz... belga; la seda italiana... A nuestros compañeros, a nuestras lindas compañeras sobre todo, parecíanles como que los Magos de Oriente, un poco metalizados por los años y la post-guerra, les ofrecieran sus fastuosos presentes a cambio de unas miserables monedas...

El Oriente más literario que oriental, empezaba aquella noche para la farándula barcelonesa...

A buen seguro que a alguno de nuestros compañeros le sorprendió la estrella matutina, parpadeando en la lividez del cielo, sentado en el balcón del Hotel, sobre el mar dormido, desmayada la cabeza en la palma de la mano soñando despierto con las maravillas que habría de ofrecerle Oriente y, quizás también, soñando con la boca de cereza escarlata de la novia lejana o con la cabeza de nieve de la madre añorada...

# FRANCIA, VISTA POR LOPE

por JOSE SANCHEZ ROJAS

**JUAN LABRADOR.**—El aldeano que nos describe fray Lope de Vega Carpio en su linda comedia «El villano en su rincón», es un campesino francés que vive a dos leguas de París y que no ha salido nunca de su aldea. Al hojear el libro póstumo del señor Icaza sobre la vida íntima del gran Lope, evocamos, por su modernidad, la figura de este campesino. Describe amorosamente el fecundo desenvuelto dramaturgo castellano, en esas páginas, el campo de «la Francia»; nada más elegante y actual que la pintura de estas tierras mimadas, acariciadas, cuidadas con amor por las rudas y callosas manos de los labriegos. Los trigos, las vides, y los ganados, cubren en toda su extensión las tierras vecinas; las olivas bajas, colmadas y henchidas están de «blanco» aceite; los quesos nadan «con delite» en las tinajas, las colmenas, repletas de dorada miel, oyen el zumbido de un ejército de abejas que labran incesantemente su panal; los trojes en las eras, con monte de trigo rubio. Y las «azules» uvas rebosan los bordes de los lagares, y las cubas, solemnes, anchas, no son bastantes para encerrar el néctar recogido.

En estos mimosos y pletóricos campos de Francia, vive el villano en su rincón tan ricamente como el rey Ludovico en sus palacios de París. Si éste es señor natural de la Francia «desde Arlés hasta Carlés y desde la Rochela hasta la Jona», Juan Labrador es dueño de cuanto alcanza la vista en su derredor. Si el rey se deleita con yantares exquisitos y selectos, Juan siempre tiene a mano perniles con verdura y chorizo sazonados, carne de vaca y pechuga de gallina, quesos con ojos y conservas de frutas y compotas. Si Ludovico oye las más dulces trovas de los poetas ociosos el Labrador, al caer la siesta recorre a caballo sus heredades para oír la música de la fuente que hay junto al prado. Ni envidiado ni envidioso Juan Labrador no siente apeti-

tos cortesanos, ni desea honras ni encomiendas, ni gusta de ver al rey.

Cuando Ludovico pasa con la Corte por la aldea, Juan Labrador se esconde, que no quiere ver al príncipe, bastándole con estimarle y servirle «de lejos», como buen vasallo.

Ludovico el rey, no comprende el retraimiento ni la manía del buen aldeano francés. Y queda prendado de su formalidad y de su cortesía, y de su exquisita ponderación, el rey. Y para probarla, le pide después dineros que se apresura a enviarle Juan, y luego los hijos, que tampoco le niega el buen vasallo. Y Ludovico, pagado de tanta devoción, le colma de beneficios.

«El villano en su rincón» de Lope de Vega, está hechido de ardiente simpatía por el alma francesa. Si donde el clérigo escribe rey, leemos nosotros, patria; si donde el dramaturgo—vasallo de los Felipes—escribe lealtad al soberano, nosotros leemos respeto a la ley y amor casi sensual al suelo, a la tierra, la comedia de Lope de Vega remata en las candilejas del mismo modo que en la realidad.

Juan Labrador, ha dado a su patria cuanto tenía; el trigo de sus paneras, la miel de sus panales, el aceite de sus olivos, los huevos de sus gallinas, la levadura de sus panes, y lo que vale más que todo esto; la sangre de sus hijos. Y las puertas del palacio se abren ante el villano, rey de su rincón, que no quiere oír hablar de príncipes donde «odos lo son por la natural aristocracia del espíritu, ni de privilegios en una edad que ha consagrado a todos los villanos por igual.

**LISARDA.**—Lisarda es la hija, la única hija de Juan Labrador. Cuando se levanta el telón en la comedia de Lope, Lisarda, acompañada de Belisa «en hábito de dama», pasea por las calles de París. Las costumbres rústicas, no han dejado huella alguna en el espíritu naturalmente distinguido y

señoril de la muchacha. Luce con donaire su cuerpo primoroso, parla con atinada discrección, enseña sus piecitos y algo más que sus piecitos a un galán que la persigue, sostiene un diálogo de amor—al pasar—con deliciosa picardía.

Lisarda, hija de Juan Labrador, gusta, al revés de su padre de los placeres de la Corte, de los paseos por la gran ciudad, de los diamantes que refulgen en los deditos de rosa, de las sedas que se ajustan gallardamente a las carnes, de los manteos franceses con basquiña verdemar, de las galas, plumas y lisonjas de los cortesanos.

En el tipo de Lisarda, que enamora nada menos que al mariscal de Francia, convertido en la sombra de la chiquilla desde que ésta pone los pies en París, ha intuido el enamorado y desenvuelto Lope el carácter la mujer francesa, y, por extensión, el de todo el pueblo francés. Lisardilla está en todas partes como en su casa. Es señora con las señoras, y si parece rústica entre los rústicos, es que sabe disimularlo y fingirlo con sutilísima afectación. Porque Lisarda es siempre princesa. En los talleres, en las fábricas, en los oficios más humildes. Y los hombres son vasallos de su sonrisa. Y las muecas, los mohines de Lisarda rinden los imperios más altos y domestican a los príncipes menos urbanos.

Lisarda, ha sonreído a Juan Labrador mientras sufría. Por Lisarda, Juan Labrador se ha despojado de todo cuanto tenía para salvar el suelo. Solamente los necios fingían no advertir los encantos de Lisarda. Y es que están todavía rechinosos de los desprecios de esta buena muchacha que esquivaba lo mismo a los campesinos que a los mariscales, que ama el ingenio más que la bolsa y el recuerdo de sus gestas más que las facturas comerciales, importe de su reciente sacrificio por todos los demás.

Prohibida la reproducción).



# LA VITALIDAD DE NUESTRAS UNIVERSIDADES

por ARTURO PERUCHO

Una noticia publicada estos días en algunos periódicos, ha suscitado en mí nuevamente el viejo problema de la vitalidad de las Universidades españolas; o, si se quiere, de su falta de vitalidad.

La noticia se reduce a decir que los alumnos de la Universidad de Harvard, la más tradicional y la más completa institución docente de los Estados Unidos de América, han protestado contra el carácter utilitario de la enseñanza que allí se les da, y han presentado un plan de estudios ideado por ellos mismos, más eficaz que el actual y, en cuya defensa, están decididos a llegar hasta donde sea necesario.

No importa entrar en detalles, ni hay por qué aquilatar ahora las ventajas o desventajas que el nuevo plan de estudios tenga respecto de aquel a quien pretende sustituir. Lo importante es hacer constar el hecho de que los estudiantes norteamericanos se interesan por un problema vital para su país y toman parte en la vida de la Universidad, de la que son parte integrante. Hecho que tiene además otra significación: la de que los estudiantes americanos forman una clase social elevada y bien definida, y no un rebaño confuso y amorfo.

Tal actitud, en España, sería tomada probablemente, como una imperdonable rebeldía. En los Estados Unidos significa, no obstante, una de las más altas formas del patriotismo.

Desgraciadamente, la vida actual de la Universidad española no abunda en ejemplos semejantes. Cuando la masa escolar irrumpe en las calles y atruena el aire con su griterío, por más que la manifestación tenga en apariencia una causa justificada, las gentes sonríen bondadosamente como quien está en el secreto, y saben que todo acabará en una anticipación de las vacaciones. Y lo triste es que, casi siempre ocurre así.

Yo, que he pasado por la Universidad, también estoy en el secreto. Una sola vez, he hallado muestra de energía joven, lo demás me ha dado siempre una angustiosa sensación de agotamiento, de cansancio, de indiferencia.

Y esa sensación la llevo todavía dentro del alma, clavada como un punzón lacerante.

\*\*\*

Aún corriendo el riesgo de no ser muy exacto me atrevo a afirmar que hay en el mundo tres tipos dominantes de Universidades.

Las del primero, tienden a la socialización; procuran hacer del estudiante un ser sociable, que, más tarde, estará preparado

para luchar y vencer en la vida, intelectual y físicamente. Atienden por igual a la ciencia y al deporte; hacen vivir a los alumnos de ambos sexos en contacto constante con sus maestros. Adoptan el régimen de internado y tienen junto a laboratorios y bibliotecas gimnasios, campos de deportes y salones de baile. Se estudia, se juega al fútbol y se baila. No se hace vida de aislamiento; sino vida de relación: En este grupo figuran las Universidades anglosajonas y las norteamericanas.

Las del segundo grupo, adoptan la especialización como método científico y el seminario como procedimiento de enseñanza. Se cuadrícula la ciencia y se forman pequeños, reducidos grupos de escolares. Este tipo, que reporta grandes beneficios en el orden de las ciencias especulativas y de investigación, aunque no sea el más recomendable por lo que ya, actualmente sufre una transformación radical, está integrado por las Universidades germánicas.

El tercer grupo, formado esencialmente por Universidades latinas—me refiero sobre todo, a la española—ni tiene campo de deportes, ni prepara al estudiante para la vida, o le hace amable el estudio, ni se preocupa de la suerte que correrá cuando haya de atender a su subsistencia con el ejercicio de su profesión. No se vive en ella; acudir a las clases, es un mero accidente en la vida del estudiante, que ni siquiera acontece todos los días. Terminada la última clase, se entornan sus puertas y su recinto queda vacío; todos, alumnos, profesores, bebedes se despiden hasta el día siguiente y pasan muchas horas sin verse. La principal característica del tipo universitario latino,—salvo excepciones muy contadas, como el Colegio de Bolonia—es el aislamiento. Se trabaja en la soledad, casi sin tener relación con las gentes que se dedican a nuestras mismas tareas. Y cuando se obtiene el título académico, la Universidad es solamente un recuerdo de juventud; pero ya no volvemos a ella, porque ella no supo llegarnos al alma y venir siempre con nosotros.

\*\*\*

La Universidad latina está, como los pueblos latinos, agotada, decaída. No cumple una misión social; influye escasamente en la vida del país; a veces carece de las más imprescindibles comodidades; la labor docente de algunos maestros, que pronuncian cada año la misma serie de discursos, podría ser sustituida con ventaja por una buena colección de discos de gramófono...

(Hubo un catedrático, cuyos apuntes aún

molestan en las librerías de lance, que, al referirse al Código Civil, decía: «Hay un librito que corre por ahí...» mientras él seguía tan tranquilo explicando la «Novísima Recopilación»). Y contra esta tristísima realidad—no aminorada por los muchos y muy sólidos prestigios con que cuenta el profesorado—no se han pronunciado nunca los estudiantes españoles. Ni procuran modificar los planes de enseñanza, ni hacen el menor esfuerzo por libertar a la Universidad de los vicios que la ahogan, ni parecen querer intervenir para nada en su vida y en su progreso.

Hace algunos años los alumnos de la Universidad de Córdoba, (República Argentina) promovieron una fuerte protesta contra la decadencia de aquel centro docente, originada por el abandono de sus profesores se declararon en huelga. El Gobierno tomó sus medidas; pero la población escolar fundó una Universidad libre, a la que llevó famosos especialistas de todos los países, y al fin hubo que reconocerle oficialmente personalidad jurídica. Hoy es una de las más florecientes de toda la América española.

Ahora son los estudiantes de Harvard, quienes se preocupan de mejorar su Universidad. Y más tarde serán otros pueblos quienes presencien la bella transformación.

Entre tanto, los españoles, que algo hicimos para aprovechar el R. D. del Sr. Silió, proclamando el régimen autonómico de las Universidades, y que nada hemos hecho desde entonces, continuaremos viendo nuestros claustros invadidos por una juventud sin alegría, es decir, por una juventud que no tiene juventud. Seguiremos acudiendo a unas aulas inhóspitas y frías, con duros bancos cuyos clavos desgarran nuestros vestidos, o con burdas sillas de esparto; toleraremos que nuestros maestros perciban honorarios insignificantes que les impidan dedicarse solamente a su cátedra, donde ni siquiera disponen del material necesario; y seguiremos proclamando sin rubor nuestra incapacidad y nuestra impotencia para evitar el hundimiento.

Y sin embargo, el esfuerzo que nuestra Universidad necesita es urgente. No admite demora. Hay que levantar edificios aptos, con luz abundante, con calefacción, con salas de recreo, con grandes laboratorios y enormes bibliotecas, con buenas y alegres viviendas en las que el estudiante no deje de serlo en uno sólo de los momentos de su vida, y se halle siempre rodeado de un ambiente culto que llene por completo su espíritu.

# LAS TRES SIRENAS DEL PUERTO

por FELIPE ALAIZ

## I

Ciudad vetusta y mediterránea. Clima agradable. La antigüedad de sus piedras es un tópico de discursos y manuales.

Recostada en un espléndido balcón, atalaya del mar, goza de primavera anticipada. Aromas del campo, cuajados de almendros, avellanos, viñas y olivares, como en tiempo de Roma. Savia de frutal y ráfagas marinas.

En pleno invierno, los días soleados parecen invitaciones perezosas y sensuales. El verano, atemperado por el mar, pasa como una fiesta. De vez en cuando, la ciudad se ve azotada por un huracán rápido que barre las calles con barrería un fanal de piedra abierto a la intemperie.

Viven en la ciudad muchos rentistas, empleados del Estado jubilados que se quedan allí a pasar los últimos años de su vida y comerciantes cansados de vender. Unidas tales gentes al elemento oficial de plantilla y a la clerecía abundante, dan a la ciudad un tono uniforme y apagado de clase media rural mezclada con burócratas y pequeños traficantes.

Las grandes empresas apenas tienen vida, exceptuando la exportación de fruta y vino salida necesaria a la producción de su campo rico y bien cultivado, de fronda recogida y planos aprovechados.

El muelle, es la verdadera plaza pública. Cada semana llega un barco pequeño y ligero—el «Danielito»—y se le considera un vecino más de la ciudad. Los vapores de mayores arrestos, fondean como el «Danielito» sin gran tiento en la libre extensión del muelle, y las calles se animan con los uniformes holandeses.

Los paseantes desocupados, no dejan de dar su vuelta cotidiana por el muelle; para ver algún contramaestre con su pipa y oír melosa y fatigada música de acordeón, o los acentos levantinos de la gente de cabotaje.

El muelle tiene una amplia avenida mar adentro. Es el paseo más indicado para empezar a tutear a un amigo o justificar ideas optimistas cuando el buen sol de noviembre concede al atardecer su hora más amable.

Todos se conocen. Los ojos cándidos—esos ojos de provincia que, sin embargo guardan menudos secretos y alguna tragedia comprimida—se abren ante el tráfico marino. El muelle es otra ciudad—la ciudad de abajo—como el macizo y amontonado bloque arzobispal es la ciudad de arriba.

## II

Los habitantes de una y otra ciudad, son también distintos. Arriba están los clérigos,

los burócratas, el comercio menudo y los grupos de clase media. Abajo, se agita un mundo internacionalista y nómada de marineros, exportadores, faquires y gitanas que van a los barcos a vender, tal vez a decir la buenaventura.

A las horas de trabajo, el muelle, tiene rasgos de riqueza colorista con sus ruidos típicos y sus vendedores de pastas y anís. No es aquel movimiento el promedio de una estación del litoral; tiene carácter propio y único. No todos los puertos, son por sí mismos la plaza pública.

¡Y qué plaza! Allí no se concibe un entierro. Alegría, actividad, brea, mariscos, voces de maniobra de carga y descarga, despedidas y bienvenidas; aroma de guisote marinero, ir y venir de precisión, corros de obreros, maldiciones a los poltrones de arriba, barqueros que ofrecen una lancha hablando el bello catalán costero...

Hay tres elementos de color en el puerto. El primero es la gente de mar; si tiene el común denominador del oficio.

También es cierto que no se parecen un marinero a otro como se parecen dos señoritos de regatas.

Extraño el hombre de mar a la ciudad de arriba, de la que sólo conoce el placer y las botillerías, en las que hay que entrar por lo menos con moderación aunque se salga de cualquier manera, se mezcla a la algarabía del muelle con intimidad y frecuencia buscando al camarada ganado en otros viajes o conversando con los bravos trabajadores de los almacenes.

El segundo elemento es la gitanería buhonera que toma por asalto los barcos para vender lo que se tercie o comprar algún terno de lana inglesa. Pero no es sólo el comercio la unión de las gitanas sino insinuar pintorescos escándalos con los clientes atrevidos y decorar el muelle. Pañuelos cortos de seda negra con flecos largos, faldas de claro percal, rizos en la frente, tacones de meneo, «chavos» en los flancos del peinado liso, zapatitos de barca y «argot» sabroso. También este segundo elemento, es insolidario con la ciudad de arriba. Gitanería aposentada vive a sus anchas en calles completamente agitanadas, con bodegas y pequeñas tiendas casi al aire libre. Los burgueses de la ciudad, cuando ven acercarse a una gitana, se van por otra parte a dar un rodeo. No quieren ironías salidas de labios gitanos que dicen para burlarse de un traje decadente:

—¡Señor Ramón! ¡Cuándo se cambia de ropa?

Tampoco son las gitanas muy solidarias

entre ellas. Individualistas, interesadas y no muy admitidas en las normas corrientes, sólo se unen contra los «blancos», los «payos». Con zalemas y burlas viven en una libertad de pájaro que comercia a pequeños saltos provechosos. Pero sólo en el puerto se sienten ellas enteramente libres y en su elemento.

Se contentan con la intermitencia segura de las escalas, y piensan más en el hoy a cubierto, que en el mañana inseguro.

Cuando ganan lo de hoy, no es fácil que sigan ofreciendo sus buhonerías a los tripulantes. Estos tienen siempre el mismo nombre. Cada uno de aquéllos, se llaman para ellas «Chan» que es la catalanización agitanada del francés Jean, como el aire desgachado del «Chan» tiene el mismo abandono caedizo del gitano que pasa las horas muertas en el café. Las gitanas ricas no bajan al muelle.

El tercer grupo colorista, es el de los trabajadores del muelle, hombres un poco parados y tardo de movimiento para la mímica usual, plantados en la estatura aventajada, con el sol en la cara y anchas fajas en la cintura como los carreteros, blusa cerrada, entre parduzca y amarillenta como los pescadores del Serrallo—barrio gemelo del Puerto—y gorra catalana de poco vuelo, parecida a la que llevaban los menestrales de Barcelona en 1880 según las estampas de época.

## III

Los ingredientes del Puerto, se habían separado de manera dramática por la dispersión de una huelga. Al hallarse otra vez, sobre el muelle, trabajadores, gitanas y «Chans», hubo una fiesta nueva.

Nueva porque el Puerto dejaba de ser viejo. Se brindaba con verdadera cordialidad, se hablaba mal de la ciudad de arriba. Que viviera para la actividad la ciudad de abajo y fuera levantando sus victorias en crescendo.

Se aliaba la inteligente bondad del «Chan» con la fuerza cuidadora del faquir, atleta que no sólo tiene músculo, sino cerebro también. Para unir la alianza con un imperdible, la gitanería prestaba el color y la gracia a los clásicos ingredientes del Puerto, dándoles un matiz desgarrado y altivo.

Las tres sirenas del Puerto—inteligencia, fuerza y gracia—viven en la ciudad de abajo al borde del mar. Arriba ya están los padrones y las tracas.